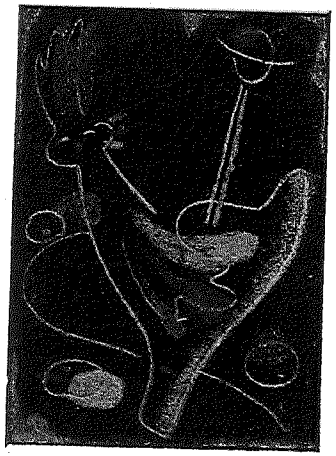
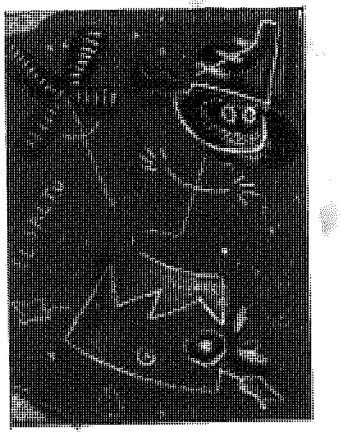


Año IX N.° CII

Revista de Occidente

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
RIVERSIDE

Director:
José Ortega y Gasset



Sumario

MARTÍN LUIS GUZMÁN: *Primeras armas de Javier Mina* * GREGORIO MARAÑÓN: *Amiel. Un estudio sobre la timidez* * FERNANDO BRUCKNER: *Los criminales* * MEDINA AZARA: *La vida poética de un judío toledano del siglo XII.*

NOTAS.—JUAN CHABÁS: *Historia del arte.*

Ornamentación de MARÍA MALLO.

Precio: 3,50 Madrid Diciembre 1931

Amiel. Un estudio sobre la timidez

(Fragmentos de un libro próximo a publicarse.)

I

(ENTRE las muchas cosas para las que sirve el pensar, hay una, importantísima, con la que no suele contarse: y es que otros piensen lo contrario y crean que esta huella en negativo que deja en su mente el pensamiento, es también un pensamiento original.

Digo esto porque apenas expuestas, en una Conferencia en la Residencia de Estudiantes, las modestas reflexiones que sirven de base al presente estudio, recibí innumerables cartas y leí no pocas críticas de gentes que nunca habían discurrido nada sobre Amiel y el problema de su vida, y ahora, pensando al revés que yo, se encontraban en posesión, casi gratuita, de unas cuantas ideas personales acerca del discutido escritor y mártir de sí mismo.

No es que me parezca mal. Cada cual se las arregla como puede. Y a lo mejor resulta que lo que yo creía cara del problema, era la cruz; y que los que juegan sistemáticamente y sin riesgo a la cruz, acertaron en esta ocasión.

De todos modos, creo, sin dar demasiada importancia a la cosa, que los comentaristas deben esperar a la publicación del texto íntegro de este estudio y de su documentación, lo cual no ha sido posible ni al pronunciar la Conferencia ni, ahora, al elegir estos fragmentos para nuestra REVISTA DE OCCIDENTE.)

II

Es sabido que el primer *Diario* de Amiel, publicado por su admiradora Fanny Mercier, era, no sólo una reducción brevísima de las 16.000 páginas del original, sino que el puritanismo de la editora lo expurgó de toda alusión que pudiera empequeñecer la memoria del muerto, y por descontado de cuanto se refería a su vida sexual. Incluso, se permitió transformar no pocas frases del manuscrito, según ha demostrado Bouvier. Las ediciones posteriores, mucho más amplias, continúan, sin embargo, dando de Amiel la falsa idea de un moralista austero, unido sólo a las zozobras de la carne por los hilillos de algunas preocupaciones intelectuales. Era difícil a la vista de estos textos llegar a la clave de la trágica inquietud de Amiel. Yo recuerdo esta sensación de misterio que me produjo en los años de estudiante la primera

lectura del *Diario*. Se le diagnosticaba entonces de «enfermo del ideal» como Scherer; o de «imaginativo puro» como Dupré; o bien de «paranoide» o «esquizoide» por varios respetables doctores. Uno de ellos, el doctor Medioni ha destruído sagazmente estos diagnósticos basados en el conocimiento insuficiente del *Diario* y ha llamado la atención sobre el origen sexual de su extraña psicología y conducta. Hoy ya no podemos dudar de que ésta es la verdad. Los fragmentos verdaderamente íntimos del *Diario*, revelados por Bouvier y por Thibaudet y por el escritor cubano J. de la Luz León, nos permiten contemplar lo más recóndito de la tragedia de Amiel con la fría seguridad con que analizamos trozo a trozo un cadáver interesante en la mesa de autopsias. Veamos lo que esta disección nos enseña.

En la infancia de Amiel—empecemos por el principio—hay tres hechos de gran importancia para juzgar de su destino futuro. Su constitución, su ambiente familiar y el medio social en que transcurrieron estos primeros años, decisivos para su porvenir. Su constitución era débil y delicada por herencia materna, «casi afeminada en el aspecto y en las maneras». Padeció a los cuatro años una grave enfermedad de la garganta, probablemente la difteria, de la que escapó con vida gracias al tormento del fuego, aplicado con los hierros candentes; método curativo terrible, que ponía al organismo del niño en el trance de optar entre la muerte por asfixia y una especie de muerte por achicharramiento. No en vano sugirió un cuadro admirable a Goya, pintor de todo lo macabro; y no en vano el propio Amiel recordaba con terror esta terapéutica cuando cincuenta años después empezó a sentir otra vez que se ahogaba de la enfermedad que al fin le llevó al sepulcro.

Esta debilidad orgánica predispone al niño a la timidez ante los trances ásperos de la vida; y uno de los más ásperos, cuando se piensa en él, es el de amar. Y es también corriente el que estos niños, tímidos a la fuerza por imposición de su debilidad, compensen la necesidad de la acción propia de la naturaleza viril por una propensión exagerada al ensueño heroico, que en un tono moderado es peculiar en todo infante. Lo que no puede hacer el niño enclenque con su ímpetu y con sus músculos lo hace con la imaginación. Por eso los grandes soñadores han tenido por lo común una infancia enfermiza. Aquel niño del poema de Tagore que sueña con derrotar, él solo, a un ejército de enemigos para defender a su madre, era un niño del que decían todos al conocer su hazaña imaginaria: «y nosotros que le creíamos tan débil». Así fué Amiel, y por ser tan poca cosa en sus primeros años, fué tan propenso a aislarse y a leer mucho, sobre todo, los libros épicos e imaginativos, como los de Walter Scott. Salvo esta inclinación, no tuvo nada de anormal. Tal vez fué de muchacho un poco raro; pero sin este punto de rareza los hombres no darían ocasión para que la historia se ocupase de ellos.

III

La segunda circunstancia infantil que hemos de comentar en Amiel es la influencia familiar. Su madre era muy dulce y Amiel debió amarla mucho. Apenas habla de ella en el *Diario* de su infancia; pero cuando, después, la recuerda al pasar, lo hace con profunda ternura. En cambio, al padre le nombra siempre con significativa hostilidad. El padre era, en efecto, seco e imperativo, aunque recto; con esa bondad, en suma, de los puritanos que es como una muralla, admirable para los extraños, inexpugnable para el cariño de los suyos. Tenía frecuentes contiendas, sobre todo de orden religioso, con su mujer, y el hijo debió ver sufrir muchas veces por estas causas a su madre. Antes de los quince años, quedó huérfano de los dos, y ya de viejo les dedicó esta oración fúnebre, severa para él, tierna para ella, que pinta claramente su situación en el ambiente familiar: «Si mi padre hubiera vivido, me hubiera hecho sufrir mucho; Dios debió, en cambio, haberme conservado a mi madre y mi vida hubiera sido entonces muy distinta.»

Estas palabras y otras alusiones dispersas a lo largo de sus recuerdos, hacen pensar a Medioni que tal vez existiera el estado afectivo hacia la madre, que Freud ha designado con el nombre de «complejo de Edipo»; esto es, idealización de la madre acentuada por un rencor de acento celoso hacia el padre.

Lo creo muy verisímil, pues la realidad nos muestra cada día que los hombres que superidealizan a la mujer, como Amiel, y que acaban por no encontrar su ideal, se dan con gran frecuencia entre los apasionados de su madre. Uno de ellos me decía esta frase que todos hemos oído repetir alguna vez, profundamente significativa: «no me caso porque no encuentro a ninguna mujer como mi madre».

Es muy probable, también, que Amiel oyese o viese en el hogar algo que debió llenarle de disgusto físico hacia el amor sexual directo. Los hombres y las mujeres, aun los más delicados, no se dan siempre cuenta suficiente de la sensibilidad, casi divina, del alma de los niños; y pocas cosas la hieren como la visión de lo que el amor tiene de brutal. Los niños no pueden comprender una refriega como tal amor; ni muchas mujeres tampoco, por lo menos hasta muy entrada su vida. Y aún muchos hombres hondamente viriles conservan en el fondo de su instinto un dejo de disgusto para la agresión sexual; disgusto que tal vez no turba el ejercicio de la función; pero que sube como el poso de un charco agitado cada vez que la tempestad del amor de los sentidos se ha satisfecho. Es ésta una de las causas de esa tristeza que el animal humano, según el proverbio latino, siente después de amar; y hay que ver en ella uno de los topes que la naturaleza pone a los derroches inútiles del instinto. Lo cierto es que en la niñez debe evitarse a todo trance el conocimiento—y tanto más el espectáculo—del amor carnal para no apagar prematuramente la llama de jovialidad que requiera el pleno amor de los sen-

tidos. Con gran perspicacia han valorado los psicoanalistas estas visiones turbadoras ocurridas durante la infancia en la génesis de muchas psicosis de la madurez. De mí sé decir que cuando entro en esas habitaciones míseras de los pobres, en las que un mismo techo acoge al sueño puro de los hijos y las noches de amor de los padres, siento la irritación de la injusticia que supone esta convivencia, con más angustia todavía que la desigualdad material con que están repartidos el lujo superfluo y el pan de cada día.

Amiel expresa una y otra vez en el *Diario* el miedo a la convivencia conyugal. Probablemente se engendró, del modo expuesto, en los años infantiles. Luego veremos que su capacidad de amar era perfecta. Pero le aterraba, y si se me permite la palabra, le asqueaba el hecho del contacto físico con posible desilusión arrojada como un cubo de agua sucia sobre su fervor sentimental. La raíz de todo ello, repitámoslo, estaba en la infancia; y, cuando a los cuarenta años hace su primera y única experiencia de amor físico, expresa su desilusión con palabras tan convencidas que no suenan a sorpresa, sino a confirmación de algo presentido largo tiempo atrás.

Estos malos recuerdos infantiles contribuyeron, sin duda, en nuestro hombre a la depreciación de amor físico y a la supervaloración del ideal femenino. Por eso no fué justo cuando ya en la vejez arremetía con furia calvinista contra el dogma de la virginidad de María en uno de los capítulos hasta hace poco inéditos de su *Diario*, que por cierto no debe haber leído el obispo español que hace algunas semanas declaraba ser el *Diario* de Amiel su libro predilecto. El dogma de la virginidad de María, la divinización de la maternidad hasta limpiarla de toda colaboración varonil, es, sin duda, una de las sugestiones que más noblemente pueden influir en la mente de los niños, y uno de los símbolos más elevados del prestigio de la feminidad. Hasta que la vida nos muestre la verdad escueta me parece infinitamente delicado y útil el que los ojos del niño vean desposeída de sus componentes paganos la grandeza del acto creador.

IV

Finalmente contribuyó a la formación irregular del instinto de Amiel el ambiente de su ciudad y de su época, empapado de un puritanismo irreductible, peor, creo yo, que el mismo libertinaje. Todos los comentaristas de nuestro autor, que conocieron el medio en que vivía lo señalan, unánimemente, como una de las influencias nefastas que contribuyeron a deformar su espíritu. Thibaudet recuerda que madame Patterson—Bonaparte—decía, hablando de Ginebra, en estos mismos años en que crecía Amiel: «En este país no sólo no es posible hacer el amor, sino que es necesario excluirlo hasta de la conversación.» La misma virtud rígida e hipócrita que había conturbado para siempre casi un siglo antes, y en aquellos mismos lugares, la vida de Rousseau, tan parecida en varios de sus aspectos a la de Amiel.

Si en el mundo hay ejemplos de la barbarie de la ocultación sistemática, ninguno supera al de este pobre profesor solterón. Todo lo que tiene de funesta la revelación prematura y, sobre todo, la que se hace de *visu*, en el hogar, tiene de funesta también la prolongación excesiva del misterio; es decir, cuando ya el despertar fisiológico exige, con la lealtad de los instintos, la verdad limpia y clara y, por lo tanto, casta.

Amiel se queja, ya en su madurez, del mal irremediable que le causó la cautela hipócrita y los prejuicios deprimentes con que fué iniciado en la vida del instinto. A los cuarenta años echa de ver la «falsa idea de la sexualidad» que le fué imbuída en su infancia, y añade: «este error me envenenó para siempre la vida». A los cuarenta y siete escribe: «una parte esencial de la educación debe ser iniciar al joven en los deberes y en los derechos sexuales y hacerlo en el momento útil y de un modo sano y conveniente». «Yo poseía en alto grado todos los instintos delicados, todas las aspiraciones elevadas, todas las inclinaciones virtuosas, y, sin embargo, he frustrado mi vida por no haber tenido ni dirección, ni buen consejo, ni sostén, ni iniciación en las cosas que conciernen al pudor.» Y cinco años más tarde escribe todavía la página, antes comentada, contra el dogma de María, que termina con una alabanza de la carne y una imprecación exaltada contra los prejuicios sexuales. «Una idea incorrecta del sexo—dice exasperado—vicia al Estado y a la Iglesia, a la tierra y al cielo, a la moral y a la religión.» «La herejía que

tendríamos todos que combatir es la de los que predican el desprecio del cuerpo.»

Quejas, en verdad, tardías e inútiles. Porque el hombre, cuando sale de la pubertad, tiene ya escrito en su horóscopo instintivo el camino inexorable que ha de seguir en el amor. En esta pubertad, que yo he llamado «la edad crítica» del varón, se modelan para siempre los destinos sexuales futuros. De aquí la delicadeza infinita con que el niño debe ser tratado en los años que rodean a su florecer. A Amiel, como a la mayoría de los hombres, le sirvió de escultor la mano dura y ciega del azar. Y le vemos arrastrar las miserias de la timidez engendrada en esta educación detestable hasta los meses mismos que precedieron a su agonía.

V

Analicemos ahora la categoría de la timidez, cuya génesis acabamos de estudiar. La mayoría de los comentadores de Amiel suponen que era un tímido del primer tipo que hemos descrito, esto es, un tímido por conciencia de su inferioridad física para el amor. Y, realmente, varias frases de su *Diario* parecen confesiones taxativas de dicho estado. En 1859, por ejemplo, a los treinta y nueve años, poco después de su única aventura amorosa, escribe: «sigo con la curiosidad de los sentidos no satisfecha y sin despertar mi torpeza viril». Y dos años más tarde: «mi castigo es la debilidad y la insuficiencia». Por

eso uno de sus críticos, francés y reciente, ha podido decir: «evidentemente, Amiel no tenía ningún temperamento».

Sin embargo, la realidad es exactamente la contraria. Amiel fué un tímido, pero un tímido-superior, por supervirilidad; supervirilidad que puede coexistir con un conjunto de calidades humanas de rasero mediocre o decididamente vulgar. El *Diario* de Amiel nos proporciona precisamente datos inapreciables para la caracterización de este tipo que tanto me interesa dejar bien dibujado, porque sin él es difícil llegar al conocimiento perfecto del instinto—y, por tanto, de la personalidad del varón.

Hay tres grupos de datos que nos permiten hacer la distinción entre estas dos categorías de tímidos que el juicio ligero de las gentes suelen confundir. Unos, se refieren a la morfología. El tímido auténtico ofrece, por lo común, los estigmas físicos de una varonía retrasada o deficiente; en tanto que el tímido-superior o superviril está, físicamente, dotado de enérgicos atributos de su sexo.

Otro grupo de datos se refiere a la conducta del tímido frente a la mujer. El tímido-inferior huye del trato de ésta, porque la mujer representa para él el espejo donde se refleja hasta lo más escondido de su inferioridad. El tímido-superior busca, por el contrario, incansablemente la sociedad femenina; como que toda su actividad vital converge hacia el hallazgo de un prototipo diferenciado y alto del sexo contrario.

Finalmente, distingue a ambas categorías de tímidos, la valorización psicológica de la mujer como complemento de la propia personalidad sexual. El tímido-inferior rebaja hasta el último límite sus aspiraciones femeninas. Una mujer cualquiera, la más humilde, la menos dotada de gracias, colmaría su ambición enfocada hacia la sensualidad inaccesible. La mera posibilidad de su fruición constituye todo el objeto de su vida. En tanto que el tímido-superior no encuentra nunca la mujer deseada. El amor físico pierde para él su principal aliciente, porque el trato sexual representa para estos hombres una actividad en la que no interviene la personalidad superior de la mujer, que es lo que su instinto, específicamente, busca.

Como contrarréplica a esta diferencia fundamental hemos de considerar la actitud de la mujer misma frente a los tímidos de una y otra categoría. Esta reacción de la mujer es tan neta, que bastaría ella sola a darnos hecha la distinción con la nitidez con que diferenciamos dos cuerpos químicos por su distinto comportamiento ante un determinado reactivo. El instinto femenino percibe y valora con finísima intuición la calidad del componente sexual del hombre, los quilates de su varonía, independientemente de su capacidad física para el amor. Los hombres no acaban nunca de enterarse de ello. Pero la prueba irrefutable de que es así nos la dan las mujeres mismas, que ante el mismo hecho físico, es decir, ante la timidez del hombre, responden con la lástima o con el desprecio en el caso del tímido inferior, y con la pasión más honda y duradera de que puedan ser ca-

paces en el caso del tímido por supervalorización del ideal femenino. Esto último es lo que justiprecia y premia el instinto de la mujer y no los grados de la energía física.

Examinemos rápidamente estos tres grupos de caracteres en el caso de Amiel.

VI

Por lo que respecta a su morfología, Amiel poseyó todos los rasgos de una virilidad perfecta y reciamente acentuada. Sabemos, aun cuando sea por la referencia apasionada de una de las mujeres que más le quisieron, que ya a los veinte años era un guapo mozo «con el encanto y la gracia heredados de su madre y una mirada profunda—magnética, decían muchos—que hacía palpitar a más de un corazón». Despojemos de su literatura, no muy elegante, a este comentario, hecho por una solterona enternecida, y examinemos los retratos que poseemos de nuestro autor. Son dos. Uno le representa a los cuarenta y un años y nos muestra una cabeza de tan recia especificidad viril que no dejaría lugar a duda a cualquier experto en tipología. La frente y la osamenta de la cara, la distribución de la barba, de las cejas y del cabello y la expresión concentrada del conjunto fisonómico son arquetípicamente masculinos. Recuerda con vehemencia este retrato a los de nuestro Ganivet, de psicología muy parecida a la de Amiel, y cuya vida afectiva debió encerrar también misterios

dolorosos. El parecido de los cuerpos es aquí, como siempre, seguro indicio del parecido de las almas. No es la primera vez que pienso que Ganivet no se hubiera suicidado si hubiera sabido, como Amiel, ventilar la atmósfera cargada de su alma de misántropo con la válvula de escape de un *Diario;* y también se ve claro que Amiel sin su *Diario*, que, como todo *Diario*, es un lento suicidio, podría muy bien haberse arrojado al lago Lemán antes de los cuarenta años de su dolorosa existencia.

El otro retrato que hemos examinado, el dibujado por Berthe Vadier, nos le muestra a los cincuenta y cinco años, muy envejecido, con melena y perilla y todo el aire de los poetas románticos de su época, respirando también esa normalidad que es tan difícil de conservar, cuando no es muy recia, en los tiempos de decadencia.

VII

De acuerdo con estos datos morfológicos están los de la conducta de Amiel. El tímido por incapacidad huye, como decíamos, de la mujer, inaccesible a sus posibilidades. Amiel, no sólo no las evitaba, sino que pasó su vida obsesionado por la compañía de ellas. «La felicidad más directa y más segura, dice en 1863, es para mí la sociedad de las mujeres. En este medio, a su lado, me esponjo inmediatamente, como el pez en el agua, como el pájaro en el aire. Son ellas mi elemento natural y nos entende-

mos recíprocamente a las mil maravillas.» El *Diario* abunda en confesiones parecidas, que han sido destacadas por todos sus comentadores.

Pero Amiel, hombre especificado, buscaba entre tantas mujeres como tuvo en torno suyo, a una sola mujer, tan diferenciada, tan ideal, por lo tanto, que se murió sin haberla encontrado.

«Me doy cuenta exacta, dice en una ocasión, de que seré capaz de amar perdidamente, pero sólo cuando encuentre la mujer que responda a mis sueños.»

En un mes de septiembre, época que siempre fué propicia a sus confesiones más sinceras (sin duda porque era el mes de su cumpleaños), escribe: «No soy indigno de ser esposo y padre; ¿qué me detiene entonces en esta vocación? Una desconfianza incurable en mi destino y, sobre todo, el refinamiento excesivo de mi ideal.» «Espero aún, dice más tarde, cerca ya de su vejez, el amor grande, oculto, grave, sereno; el que vibra con todas las fibras del alma. La mujer que no lo comprendiese así no sería digna de mí.»

Esta es, una noche y otra, al meditar, con las cuartillas delante, sobre sus afanes del día recién muerto, la conclusión reiterada de nuestro pobre hombre. Medioni llega por ello a la conclusión rotunda de que «si Amiel no se casa es porque está enamorado de un ideal». Y del mismo modo comenta Bopp: «Para que el matrimonio sea feliz es preciso algo más que las conveniencias domésticas, fisiológicas y morales, en el sentido habitual de la palabra. Amiel exige más todavía; quiere la simpatía ideal de las almas, su armonía religiosa, su divina concordancia.»

Un ideal, por lo tanto, de superhombre. Y por ello, estrictamente monogámico. Sólo el hallazgo de una mujer única podría satisfacerle. «Feliz, escribe a los treinta y nueve años, el que encuentra a la esposa enérgica y pura, compañera de las noches y de los días, apoyo de la juventud y de la vejez, colaboradora de sus trabajos, eco de su conciencia». He aquí retratado el fantasma que persiguió en vano. Amiel ignoraba que esa mujer ideal no se encuentra casi nunca, porque, por lo común, no es obra ni siquiera del azar, sino de la propia creación. En este error estriba la esterilidad de los espíritus que transponen la frontera del tipo medio de la diferenciación, tanto en el amor como en las demás actividades humanas. El ideal femenino, como todos los demás ideales, és preciso construirlo, con barro propicio, claro está; pero lo esencial es construirlo con el amor y el sacrificio de todos los días, exponiendo para ello, en un juego arriesgado, a cara o cruz, el porvenir del propio corazón. Porque cuando se sabe si la mujer elegida es la mujer ideal, el día de la boda está ya tan lejos y la cabeza tiene tantas canas, que si no se acertó, hay que resignarse a la equivocación para siempre.

En esta idealización morbosa de la mujer influyeron seguramente las circunstancias de la infancia de Amiel antes comentadas. Después, el medio familiar y el social, actuando sobre un temperamento lleno de vidriosidades, crearon, a la vez que el anhelo de perfección, la barrera física y moral que le aislaba de la compañía integral de la mujer.

Físicamente, su ideal supervalorizado de la be-

lleza femenina le obligaba a no acercarse a ella ante el temor de que se empañase. «En la mujer, afirma, la fealdad me hiere físicamente.» Es aún más típico el dato que refiere Berthe Vadier de la repulsión que experimentó hacia sus primas siendo muchacho porque las veía comer. Son muy frecuentes los casos de hombre de este mismo tipo que se sienten apartados de una mujer, contrariando otros lazos profundos, a consecuencia de la impresión que les producen los pequeños actos vegetativos inevitables en la convivencia. La intimidad es, sin duda, un trance áspero para las almas delicadas. Requiere que la amistad o el amor sean tan enérgicos que fundan, como en un crisol, la escoria inevitable de la vida orgánica para que quede, resplandeciente y limpio, el metal precioso de los afectos.

Los seres tocados del mal de la supervalorización de su ideal, se hacen inadaptables a esta convivencia tan peligrosa para el instinto y para la vida de los sentimientos. Amiel tenía miedo a la fealdad del detalle, a la que da la visión demasiado cercana de las más puras bellezas. Miedo también a la frialdad, a la discordia, a la muerte de la ilusión y a su embalsamamiento entre el hielo de la tolerancia, de la resignación y el agradecimiento. «Noventa y nueve veces por ciento, escribe, el problema de la vida en compañía se resuelve mal.»

Naturalmente, Amiel, al decir esto, no piensa con la generosidad propia del hombre fundamentalmente bueno, que es siempre el hombre medio. Por el contrario, para el varón habitual, la vida en compañía es la normalidad; y si es cierto que toda normalidad tiene que vencer asperezas para encontrar su cauce, éste se encuentra a la larga, en la mayoría de los casos, casi siempre por rumbos imprevistos que dispone un azar protector. Lo importante es no poner en este juego una exigencia y una ambición excesivas, como les ocurre a los hombres del tipo de Amiel. Expresión típica de esta actitud es la siguiente frase de uno de los últimos años de su vida: «Siempre me paralizó de miedo lo que hay de irremediable y de irreparable en el matrimonio.»

Todas estas circunstancias crean un estado de desvalorización del amor físico, muy característica en los hombres de la contextura instintiva de Amiel. Lo que se gana elevando la categoría del ideal se traduce en pura pérdida para la categoría física de la convivencia. En el caso de nuestro profesor, la documentación referente a este punto es preciosísma.

VIII

Toda la vida de Amiel, está llena, en efecto, de la obsesión de la física amorosa. De una parte, su virilidad, perfecta, como hemos dicho, le impulsa a conocer el misterio. De otra parte, los escrúpulos impiden, una y otra vez, levantar el vuelo a su instinto. Él mismo confiesa que desde niño, desde su primera adolescencia, la sexualidad fué «su Némesis y su suplicio». Pero temía siempre. Temía unirse a una mujer que no fuera la soñada. Temía no ser él,

a su vez, grato a su amante. Temía herirla con palabras o actos groseros. Y se entregó a una castidad forzada y persistente, erizada de noches inquietas de lecturas eróticas; hasta que un día de octubre, llegado ya a la cuarentena, tuvo su primera y única aventura amorosa, completa, con una mujer. Los antecedentes y consecuencia de esta aventura han cambiado, por completo, al ser conocidos en estos últimos años, el concepto nuestro sobre Amiel; y constituyen, por otra parte, uno de los documentos más útiles de que hoy disponemos para la interpretación del instinto masculino.

Hay tres puntos esenciales en la tardía aventura de Amiel con esta mujer bautizada por él con el nombre de Philine. En primer lugar, la perfecta naturalidad con que ocurrió. Imaginemos a este hombre, obsesionado día tras día por la mujer, en inminencia de llegar a la clave del laberinto que le ha hecho errar inútilmente durante toda su vida y en una edad en que se da ya a todas las cosas, y sobre todo a éstas, su trascendencia absoluta. Su emoción, pensamos, sería infinita. Sin embargo, el día 5 de octubre, víspera del gran acontecimiento, escribe en su *Diario* las mismas impresiones de siempre. Visita a unos amigos para felicitarles por el casamiento de su hija. Se pasea tranquilamente al sol después de almorzar. Traduce en verso una obra inglesa. Lee un bonito artículo de crítica en el *Journal des Debats*. Se reprocha el no aprovechar bien su tiempo. Revisa temas para sus próximas lecciones. En fin, lo de todos los días. Tan sólo una alusión brevísima a la

noche anterior, llena de tentaciones, durante la que compone una canción priápica; pero esto le ocurría con frecuencia. Finalmente, alguna referencia discreta a una carta escrita en papel rosado, con la cual en la mano se paseó bajo el cielo azul de la tarde. Reconoce que la soledad no le sienta bien y termina el día exclamando: «¿Qué haré mañana?»

Y ese mañana, el 6 de octubre, empieza también con la notación cuotidiana del tiempo: «Tiempo maravillosamente hermoso.» Trabaja algo durante la mañana. Recibe luego la visita de una señora vieja de Berlín. Y de repente nos relata la aventura única y trascendente, los minutos en que se resume toda su vida de varón, con la perfecta tranquilidad con que cualquiera de los demás días anota sus lecturas o sus paseos; tal vez con menos pasión, en apariencia, de la que pone en cualquiera de sus mil preocupaciones habituales.

Al día siguiente declara que la formidable aventura en nada ha cambiado su vida. Oye un sermón y lo juzga serio y discreto. Pasea con otro profesor. Visita una exposición de frutas y legumbres. Juega al billar. Diserta sobre Atenas y París. Hace juegos de manos para entretener a unas jóvenes pensionistas. Y nada más. La vida sigue como antes.

¿Qué clase de hombre es éste?—se preguntan con asombro o con indignación los lectores de su *Diario*—. Y yo respondo: sencillamente, un hombre tan hombre, que por serlo tanto, se desvió de su rectitud instintiva. Para el varón excesivamente especificado, para el hombre supertípico, la gran aventura

amorosa es sólo esto: un episodio entre las demás actividades de la vida. La pérdida de su virginidad no representa nada trascendental para él, porque tiene, sin darse cuenta, la conciencia profunda de su capacidad. No se cree superior, como los jovenzuelos, por haber tenido una amante; ni siquiera más hombre de lo que antes era. Para los tímidos por inferioridad esta experiencia victoriosa hubiera sido la liberación de una esclavitud. Para un Don Juan, escritor de Memorias como Casanova, tema para varios capítulos de prosa erótica. Para Amiel, no podía ser ni más ni menos que esta media página, serena y escueta.

Pero aún más típica que la naturalidad ante el suceso insólito es el resultado de la experiencia psicológica. ¿Qué encontró Amiel en el amor físico? En apariencia, fiándose de sus palabras, nada más que una decepción. Decepción desde luego ridícula, porque el amor no se conoce en un día, como él supuso con petulancia doctoral, sino que requiere, tan sólo para iniciarse en su conocimiento, por lo menos las mil y una noches de la leyenda. Mas el observador sereno encontrará en la reseña de este abrazo memorable entre el tímido pedagogo y la joven viuda apasionada algo más interesante que una simple decepción: a saber, la desvalorización del amor físico, característica, como antes decíamos, del hombre que ha valorado excesivamente el ideal del amor. Con palabras de perfecta exactitud expresa Amiel este sentimiento: «¿Cómo debo llamar, dice, a la experiencia de hoy? ¿Es una decepción? ¿Es una embriaguez? Ni una cosa ni otra. Por primera vez he tenido un éxito en amor y, francamente, al lado de lo que la imaginación se figura, la realidad es bien poca cosa.» «La voluptuosidad, añade, está casi totalmente en el deseo, o más exactamente, en la imaginación; la poesía vale mucho más que la realidad.» «En último análisis estoy asombrado de la relativa insignificancia de este placer de que tanto se habla. Comienzo, incluso, a comprender lo que antes no entendía, es decir, por qué los hombres voluptuosos, teniendo cuantas mujeres quieren a su disposición, buscan, sin embargo, algo más.»

Claramente se ve que este suceso del amor material, «de que tanto se ha hablado», no fué, en el fondo, una decepción para Amiel, sino la confirmación de la idea pobre que él tenía, teorizada en largos años de supervalorización del amor como sentimiento e ideal. Si Amiel hubiera fracasado, como tantos otros hombres, en esta primera prueba, es posible que una invencible timidez le hubiera inutilizado para todo amor sucesivo. Amiel no fracasó y, sin embargo, no volvió jamás a abandonar su actitud pasiva de confesor amistoso frente a las mujeres que le seguían y le cercaban. Miedo, sí, pero no miedo a una incapacidad que no existía, sino a entregarse demasiado a una causa que no le parecía completamente digna de su entrega; miedo a sentir la decepción, no de la mujer, sino de la alta jerarquía de una mujer forjada por su instinto de supervarón.

IX

La tercera consideración que sugiere esta historia es la más instructiva y también la menos comentada por los exégetas de Amiel. Me refiero a la actitud de la heroína de la aventura y, en general, de todas las mujeres que rondaron en torno del autor del *Diario*. Esta actitud es—cosa extraña para los espíritus ligeros—de fervor apasionado e inacabable ante el gesto retraído, egoísta y frío del varón.

Resulta, en efecto, sorprendente seguir el proceso de la seducción increíble que despertaba este hombre de aspecto vulgar, de indumentaria inelegante, de vida mediocre con ribetes de ridiculez burguesa, tacaño, y que en el terreno amoroso no se decidía nunca a trasponer los límites de una intimidad puritana de novios de la antigua escuela. Y no cabe dudar que esa seducción existía, fervorosa, bajo tan poco gratas apariencias.

Berthe Vadier nos habla, como antes he recordado, del magnetismo de sus ojos desde que era adolescente, y añade: «Desde esta edad comienza para él el fervor de las mujeres y, por lo tanto, los celos de los hombres.»

El mismo Amiel confiesa, cuando tenía treinta y nueve años: «Mi naturaleza ejerce un magnetismo especial sobre las mujeres más fuertes y voluntariosas, a las que domino sin proponérmelo y que se entregan a mí por instinto irresistible como la leona a

Androcles. Porque al fin soy yo quien recibe las declaraciones.»

Nadie podrá calificar de fatuas estas frases conociendo el desfile de mujeres apasionadas y sumisas que rodearon hasta su muerte a este hombre, a quien Thibaudet ha llamado «Recamier masculino»; y que, aun después de su muerte, le guardaron un culto imperecedero, como Fanny Mercier, a la que él llamaba «su viuda», y como Berthe Vadier, ejemplos admirables de la capacidad para la amistad amorosa del corazón femenino. Bouvier anota con perspicacia que en los numerosos idiomas en que ha aparecido el *Diario* han sido casi siempre mujeres las encargadas de traducirlo y difundirlo; dato que contrasta con la hostilidad de las mujeres frente a las Memorias de Casanova, antípoda de Amiel.

Pero la devoción femenina alcanza grados heroicos en el caso de Philine, la única y fugaz amante genuina del escritor. El lector de la parte del *Diario* en que se refiere esta aventura se siente a cada paso tocado de disgusto y de indignación comparando el gesto noble, de plena entrega desinteresada, de esta mujer, con la actitud egoísta y reservada de su amante. En una ocasión escribe como comentario a un paseo solitario con Philine: «He aprovechado la ocasión para continuar tranquilamente mis estudios de psicología femenina.» Con razón califica Jaloux de odiosa esta frase, que resume toda la conducta de Amiel, cuarentón y reumático, frente a una mujer de veintitrés años, que él mismo nos describe como «bella, inteligente y melancólica.»

Es preciso leer las cartas de ella para darse cuenta del grado de pasión frenética con que pagó la cordura pedantesca de Amiel. Toda la fraseología del romanticismo más exaltado aparece en estas misivas llenas de «deseos de morir», de «holocaustos fervorosos de la vida», de «eternidades que sabría colmar con su amor», etc., etc. En ocasiones su exaltación llega a grados morbosos del fetichismo: «Eg —dice en una de sus cartas a Amiel—ha conservado piadosamente un pedazo de terciopelo tuyo desde Berlín. Va a darme a mí la mitad. Yo la daré a ella una de las corbatas tuyas. Y ambas hemos decidido que si una u otra muriésemos, haremos que pongan en el ferétro el terciopelo azul por almohada y la corbata alrededor del cuello. Yo guardo, además, la margarita de turquesas y el saquillo de granate lleno de reliquias; y en mis horas de desolación me hace bien besar todos estos recuerdos.»

Ningún Don Juan podrá ciertamente envanecerse de haber sido adorado de esta manera, tan apasionada y tan ingenua, que hoy nos hace sonreír.

Pero su pasión llega a grados todavía más profundos, fuera ya de la órbita normal de los instintos femeninos, cuando renuncia, con tal de quererle, a aquello a que la mujer no renuncia jamás: a la posesión exclusiva del cariño. Hemos visto el reparto equitativo de recuerdos, corbatas y terciopelos que hace con otra de las amantes de Amiel, con esta Eg, que fué, según él, «la que le amó con mayor perfección»; y que, sin embargo, confiesa ante el amor de Phliline: «Estoy loca de amor, pero no tanto como

ella.» Y en otra de sus cartas acaba por pedirle que se case con otra y que ella «será la criada de su esposa». «Una vez casado, me borrarás de tu vida, dice en otra ocasión; pero me contentaré con que guardes de mí un simple recuerdo, y yo, en cambio, amaré a tu esposa y a tus hijos.» No creo que nadie haya llegado más allá en esa selva, nunca explorada del todo, de la pasión femenina, hecha casi siempre del sentimiento de celoso ímpetu de posesión exclusiva.

X

¿Cómo explicarnos esta locura de la amante impertérrita ante el desdén, casi cínico, de Amiel? No puede, naturalmente, fundarse en las menudas virtudes de hombres de mundo de éste, que tanto encomian sus amigas y sus comentadores. Haciendo juegos de manos, recitando poesías y diciendo frases galantes a las damas, no se encienden pasiones de esta magnitud, ni siquiera en Ginebra. Tampoco nos sirven las razones que el mismo Amiel propone para explicar su poder de seducción: «¿Es, dice, que soy algo poeta y algo adivino? ¿Es que doy la ilusión del talento unido al desinterés? Nada de esto hiere con tanta agudeza la fibra del espíritu de la mujer.» La razón hay que buscarla en la atracción específica, misteriosa, suscitada por la fuerte especificidad viril de Amiel.

El sentido específico de esta atracción se hace patente si se compara con el acento de vulgaridad

con que apareció siempre nuestro héroe ante los ojos de los demás hombres. Los hombres y las mujeres poseen cualidades de sugestión independientes, desde luego, de la mecánica sexual (o que, aunque relacionadas con ella, adquieren un carácter universal que, en cierto modo, anula el sentido específico). Tal ocurre, por ejemplo, con la belleza de la mujer o con el talento o la intrepidez del hombre, que encuentran un eco de sugestión en todo ser humano, cualquiera que sea su sexo. Pero otras veces esta sugestión depende, en efecto, de cualidades estrictamente sexuales, específicas, que pasan inadvertidas para todos, excepto para el receptor sexual que las recoge y valora. Es el caso tan conocido de las mujeres que producen un efecto sensacional en muchos hombres sin que las demás mujeres e incluso muchos hombres se puedan explicar la causa. Es también el caso—como el de Amiel—de hombres capaces de despertar pasiones femeninas tan profundas como las que acabamos de comentar, con asombro del público varonil que no distingue en el colega afortunado ninguna de las cualidades que ordinariamente sirven de punto de apoyo a la más modesta estimación sexual; ni muchas veces social. Es evidente que en tales casos existen valores escondidos, de alto sentido específico que sólo son captados por otros hombres o mujeres, cuya sexualidad, también muy aguda, sintoniza con la de la mujer o la del hombre interesantes. Yo tengo recogidas muchas observaciones que demuestran hasta qué punto el instinto adivina estas cualidades de gran jerarquía sexual en individuos enteramente vulgares en

su apariencia morfológica y en su conducta y psicología. Este era el caso de Amiel.

En el caso de Amiel, esas mujeres que sintonizaban con su sexo superdiferenciado se rendían a él para toda la vida, a prueba de desdenes y frialdades. Para esta categoría de mujeres, apareció siempre como un maestro rodeado de un halo místico, casi divino; y empapado, a la vez, de una fuerte sugestión sexual. En cambio, los hombres no le dieron jamás otra categoría que la de un pedagogo vulgar, a ratos estimable, y casi siempre insoportable.

Sin su *Diario*, su recuerdo hubiera desaparecido a los pocos meses de su muerte, entre la indiferencia de todos. «He aquí un hombre, dice Thibaudet, con razón, sin biografía, sin historia.» Este mismo autor cuenta que varios de los que fueron sus discípulos—hoy hombres de sesenta años—le han referido el concepto completamente ridículo que tenían de este profesor, pesadísimo, rodeado siempre de mujeres, que con frecuencia se entretenía lanzando por la ventana de su cuarto pompas de jabón. Su compañera habitual en estos juegos, Berthe Vadier, dice ingenuamente «que los colegiales estaban encantados de ver a todo un señor profesor divirtiéndose como si fuera un muchacho». Pero acabamos de ver que la impresión que realmente hacía en la juventud era muy distinta de la admiración y del encanto.

Es bien conocido el incidente que refiere Bouvier cuando, después de muerto Amiel, se presentó a Edmond Scherer solicitando su apoyo para la publicación del *Diario*. Scherer había tratado mucho a

Amiel, y le devolvió el manuscrito sin abrirlo, diciéndole: «Guarde esos papeles, amigo mío. He conocido a Amiel y he leído todas sus obras. No acertó jamás. Lo mejor es dejar dormir su memoria y no remover sus cenizas.»

Antes he aludido al concepto de la escasa valoración social de nuestro autor, que todavía perdura en Suiza. Hace pocas semanas recibí la visita de un conocido profesor de una Universidad helvética. Estaba yo, justamente, rodeado de documentos sobre el *Diario* de Amiel. Y al referirle mi propósito de escribir un estudio sobre su vida, me respondió: «No me explico el interés que despierta todavía ese cretino.»

Los hombres no le comprendieron ni le estimaron, por la misma razón que le adoraron las mujeres, o, mejor dicho, un grupo de mujeres afectadas de la misma anormalidad del pedagogo.

XII

Ahora resalta en toda su nitidez la inexactitud de los que comparan a Amiel con Don Juan, como ya hemos comentado al principio. El prestigio de Don Juan con las mujeres es, en efecto, en gran parte, un prestigio debido a los hombres. Los demás hombres son, en realidad, los que, como grandes papanatas, hacen al Tenorio su cartel. Suprimid en Don Juan sus lances de juego y espada, su actitud rebelde frente a normas puramente externas de la sociedad, y entonces tendremos que rebajar en un noventa por ciento su buena fortuna con las mujeres. Don Juan sabe esto muy bien, y por esto se preocupa con intencionada minucia de deslumbrar a los demás hombres durante el día para recoger el fruto nocturno de la admiración rendida de las hembras. Los propios maridos, sugestionados, hacen durante la sobremesa, ante la esposa intrigada, el cartel del burlador. Y éste juega con los dos sexos como un carambolista hábil, apuntando al hombre para herir a la mujer por tablas. En Casanova, por ejemplo, cuyas Memorias constituyen el documento más importante de todos los conocidos entre los referentes al donjuanismo, se aprecia muy bien esta táctica. Al entrar en cada ciudad, su principal cuidado era imponer la admiración masculina por su boato y su leyenda: desde el mozo que le tenía el estribo al llegar a la posada, hasta el jefe del Estado. Sabía muy bien la repercusión inmediata que esta admiración de los hombres tendría en la vulnerabilidad de la pescadora ruin y de la altiva princesa. Todo lo contrario ocurre en Amiel, desgarbado, tosco, antideportista, sin una sola de las cualidades que hubieran hecho ni siquiera volver los ojos de los transeuntes, cuando pasaba por las calles de Ginebra, camino de su clase o de los paseos domingueros en las orillas soleadas del lago.

Ciertamente vemos a estos dos arquetipos, a Casanova y a Amiel, por igual seguidos de mujeres apasionadas. Pero la explicación del fenómeno es muy distinta en el Don Juan y en el supervarón. Casanova se deja caer, cada noche, en los brazos abiertos de la mujer, inespecífica, sea la que sea. Amiel rebusca

a través de los largos años de su juventud y de su madurez, con los ojos agudos y detallistas del miope, una mujer, una sola, que no encuentra jamás. Las devotas que le rodean son ejemplos especificados de su sexo. No acaban de ser su ideal, pero se le aproximan. Están ligadas a él, no por el lazo frágil de una hora de pasión, sino por raíces tan profundas del instinto, que no se romperán jamás. Por ello no sobrevive el nombre de una sola de las infinitas amantes de Casanova. Y en cambio, lo que queda del *Diario* de Amiel son estas siluetas, claras y firmes como estatuas de las mujeres que le siguieron, le comprendieron y le respetaron. Casanova murió abandonado de todas sus amantes de una hora, en una trágica soledad femenina, que da, es cierto, grandeza insuperable al final de su vida de botarate. A Amiel, por el contrario, le rodeó en su declinación el calor inquebrantable de sus mujeres. Amaron su memoria, con creciente devoción, mientras ellas vivieron. Y son mujeres también las que hoy contribuyen en mayor medida a la difusión y a la dignidad de su recuerdo.

Claro está, que todo esto supone también una diferencia fundamental entre las mujeres que seducen al Don Juan y las que se enamoran del supervarón. Muchas veces he insistido en el hecho de que el problema del donjuanismo, como todo problema de la sexualidad masculina, no puede interpretarse claramente si no se tienen en cuenta las mujeres que complementan las características instintivas del varón. La mujer del Don Juan es siempre una mujer indiferenciada, sin personalidad, sexualmente anónima; a lo sumo, una

monjita gazmoña y linfática como Doña Inés. Las mujeres que se enamoraron de Amiel eran tipos de instinto muy diferenciado; mujeres con su nombre y apellido, con su documentación biológica bien clara, de espíritu exquisito; quizá, eso sí, de físico mediocre. He buscado inútilmente retratos de ellas que ilustrarían nuestra comprensión del asunto con la eficacia que hoy tienen los datos morfológicos para la interpretación de los grandes problemas espirituales. Amiel, como antes hemos recordado, pondera la gran belleza de Philine. Si no fué en la realidad así, en esto se parecería Amiel a Don Juan, que sabe como nadie transformar a las criadas en duquesas. Lo probable es, repito, que se tratase de bellezas mediocres o marchitas. Y a ello alude petulantemente Thibaudet cuando dice que entre las amantes—platónicas, con la excepción de Philine—de Amiel, las hay alemanas, escandinavas, genovesas, confederadas; pero «apenas una francesa y, desde luego, ninguna parisién.»

En el fondo, estas mujeres muy diferenciadas, capaces de los amores perdurables, están lejos de la preocupación primaria del instinto. Lo contrario de lo que les ocurre a las mujeres de Don Juan. Por ello, la mujer diferenciada busca, ante todo, en el hombre aquello que *solamente el hombre* puede dar a la mujer: la guía espiritual. El amor físico, sólo el amor físico, aislado de todo elemento psicológico y afectivo, se satisface en la mujer, como en los niños, con cualquier cosa. Lo único que la mujer normal no puede encontrar más que en los hombres, es—fuera

de la realización de la maternidad—ese descanso específico de su alma en el seno del alma masculina. Obsérvese que ningún gesto supera en voluptuosidad para las mujeres muy femeninas, al castísimo de reclinarse sobre el vasto pecho del hombre. Don Juan no conoció nunca esta felicidad, y sólo los hombres que la hayan experimentado pueden vanagloriarse de su varonía.

XIII

Quiero anotar también otro rasgo antidonjuanesco, muy típico, de nuestro escritor: su preocupación por el tiempo y el paisaje. En otro lugar he comentado la absoluta indiferencia en que vive, respecto a estos dos elementos, el hombre de instintos primarios como Don Juan. Para Don Juan el reloj no existiría si no tuviera la necesidad de acudir a tiempo a sus citas. En cuanto a la naturaleza, no cuenta para nada en su vida porque está demasiado preocupado de sí mismo para mirar el mundo maravilloso que nos rodea. Don Juan, como Narciso, sólo cae en la cuenta de que existe el mundo exterior en cuanto sirve de espejo a su propia figura. En las Memorias inacabables de Casanova, no surge una sola vez el paisaje. Y nuestro Tenorio legendario no se da cuenta de la magia de la naturaleza hasta aquella noche del cementerio en que contempla con arrobo las estrellas del cielo; y es precisamente en la noche en que deja de ser Don Juan para ser un hombre como todos los demás.

Amiel es un esclavo de la hora. En cada una de sus cuartillas está anotado hasta el minuto en que la escribió. Y esto, no por capricho, sino porque cada hora tiene un eco en el estado de su alma de hombre verdadero. A lo largo del *Diario* se siente subir y bajar su tensión humana cuando sube la savia de los árboles en mayo y cuando caen las hojas en otoño. Una vez declara: «Si hace buen tiempo, la hora de las tres de la tarde es terrible para mí.»

En cuanto al paisaje, es bien notoria la estrecha relación que existe siempre entre sus inquietudes secretas y la pincelada descriptiva que casi nunca falta en cada página de su *Diario*. Sólo este anti-Don Juan representativo podía haber escrito que «el paisaje es un estado del alma».

Gregorio Marañón.